

Arquitrave



Adrián Campillay • Alicia Salinas
Andrés Cursaro • Claudia Masin • Javier Foguet
María Julia Magistratti • Paula Jiménez
Rodrigo Galarza • Silvio Mattoni
† Mahmoud Darwish • Leopoldo Alas

B.A. Argentine

es este un país en el cual se fornicaba a toda hora
en la hora de la serenidad y en la del peligro
se fornicaba con esposas propias y ajenas
con parientes
en grupos de toda edad
hombres entre sí mujeres entre ellas
fornicaban como pueden en este país
en este país se fornicaba sin alegría
no se ama como uno quisiera
en este país estamos muy tristes
nos ha ocurrido una desgracia
y ahora no hay sosiego en el corazón desorientado
y se tiene miedo
y todos quisieran abandonarse
y claman por una tregua
y no pueden amar como soñaron
ni reconocer que otros vendrán
sin nuestro señorío sin nuestra incapacidad

Francisco Urondo

(Santa Fe, 1930-1976)

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

Héctor Gómez Guerrero • Secretario de Redacción

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

Nº 38, Volumen 6, Año VI

Agosto de 2008

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín,
C. Peri Rossi, C. Triviño Anzola, D. Balderston, D. de J. Cordero, E. Restrepo,
J. Jaramillo Escobar, J. Prats Sariol, J. D. García Mejía, J. M. González Martel,
L. Borja, L. A. de Villena, M. Al-Ramli, R. Rivero Castañeda, R. Aguirre y R. Hill.

Graciela Ester Zanini y César Bisso



Cuando se nos solicitó la preparación de un volumen que reuniese a representantes de la novísima poesía argentina – autores de menos de cuarenta años- el proyecto movilizó no sólo nuestra capacidad de detección de registros, sino más íntimamente la alegría por ser la caja donde resonarían esas voces con las cuales nos cruzaríamos en la búsqueda.

Empezamos por definir el criterio que regiría la selección y el armado de esta muestra, ya que eso es. Una muestra, región por región, de las diferentes voces y sus personalísimas coloraturas, como si de la organización de un coro se tratara. Y nos aventuramos por territorios muy distintos entre sí,

atentos a las propuestas poéticas de esos jóvenes que están construyendo la poesía. Las voces del futuro.

El concepto de región refiere a la posibilidad de enfocar distintas zonas de nuestro largo y ancho país por su composición geográfica, histórica y social. Cada zona cuenta con relieves y climas diversos; cada zona proviene de un origen histórico diferente; cada zona tuvo a lo largo del tiempo un desarrollo social y económico diferente. En todas confluyen culturas disímiles, que hablan por sí mismas, más allá de estar integradas dentro de una misma nación. Las fronteras políticas internas se debilitan frente a la identidad cultural de cada una de estas zonas. Ellas, en tanto se potencializan y diversifican, construyen para sí el sentido de una verdadera región con sus múltiples y definidas vertientes artísticas.

Cada región vale por sí misma. Algunas asociadas al terruño que físicamente las caracteriza (llanura, montaña, valle, sierra, selva, monte, estero, mar, río). Otras, ligadas a las grandes conformaciones urbanas que adquirieron cuerpo y espíritu propios, más allá del espacio geográfico donde se asentaron. Y la vida de cada poeta tiene que ver con su región, aunque la escritura sólo a veces se defina por esa particularidad.

Poéticamente, la zona de Cuyo, lugar de los viñedos y las altas cumbres, está representada por el sanjuanino Adrián Campillay, quien abre esta selección desde una poesía que incluye la observación de sí mismo en su cotidianeidad, en constante fricción con un entorno hostil y el posible exorcismo, que es siempre individual, personalísimo e intransferible. Hay en su escritura, sin embargo, una piadosa comprensión de la naturaleza humana.

Andrés Cursaro, nacido en Neuquén, al sur del país y radicado aún más al sur, en Chubut –zona que conforma una de las más extrañas y bellas geografías del país: la Patagonia-, sostiene una tendencia a la fusión de palabras, una búsqueda de efectos que se perciben más claramente en sus prosas poéticas. Aparece también la naturaleza agreste del sitio en que habita, cobrando protagonismo. Sus personajes son hombres y mujeres gastados por los vientos patagónicos y sus destinos embebidos de desdicha.

Poesía fuerte y de gran belleza como el paisaje al que alude, es la de Javier Foguet. Hombre del norte, nacido en San Miguel de Tucumán, provincia a que los argentinos llamamos «el Jardín de la República», reconocida por ser además el lugar de la declaración de nuestra independencia de la corona de España. Hay aquí un aliento poético que se instala en la contemporaneidad con la certidumbre de quien ha visto manifestarse ante sí un universo ancestral y cíclico.

En el correntino Rodrigo Galarza, poeta de la región mesopotámica, lujuriosa por su vegetación y por su rica herencia mítica e iconográfica, el tema social asoma con palabras dolidas, no exentas de un toque de violencia, en tanto, asuntos del amor aparecen como vistos a través de un corrimiento que distorsiona y disfruta alternativamente al objeto y que, sin embargo no empaña su sensualidad.

El mundo de los afectos es objeto y sujeto en la poesía de Paula Jiménez, nacida en la ciudad de Buenos Aires. Ella observa cómo lo múltiple se unifica en dolor y lo –en apariencia- unívoco crece y atrapa en su polifonía oculta, lo mejor y lo peor de una generación. La ciudad está presente en su poesía, que se distingue por su irreductible porteñidad.

La poeta María Julia Magistratti, oriunda de la extensísima llanura bonaerense, aparece en el conjunto como una de las voces más originales de su generación. Hay una vida intensa y una profunda reflexión acerca de la existencia y la muerte y las tareas de exorcismo para continuar, sin devenir trofeo de lo que ya no está. Cierta lirismo de lo terrible habita la música de sus poemas.

Nacida en el extremo norte del país, Claudia Massín opta por una poesía de reflexión. Su visión personalísima y a veces mordaz se centra en la aventura de hombres y mujeres comunes, ante circunstancias comunes –o cotidianas– que los afectan hasta extraer de ellos lo infrecuente, lo excepcional o lo absurdo. Curiosamente, la ciudad capital de la provincia del Chaco, de donde es oriunda, lleva por nombre Resistencia.

Madurez en la observación y un lenguaje cuidado distinguen a Silvio Mattoni. En los poemas que acompañan esta selección, aparece el detalle, lo –en apariencia– nimio, la miniatura del instante, amplificada por la comprensión o la perplejidad. Este poeta nacido en Córdoba, provincia mediterránea y serrana, a la cual llamamos familiarmente La Docta, ejerce la palabra poética con la naturalidad de un don.

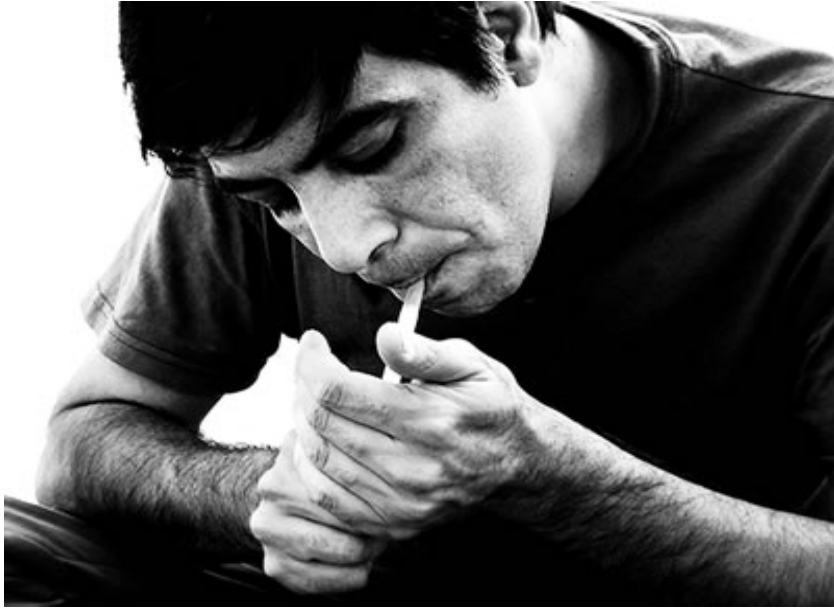
La poesía de Alicia Salinas parece –como en un caleidoscopio– contener lo cambiante. Lo que obliga a interrogarse. Esta poeta nacida en Rosario –ciudad que representa la segunda gran urbe argentina y es cuna de nuestra bandera– se percibe a sí misma y percibe a su través un país lastimado de abandonos y, su largo aliento, casi agotado en desencuentros, aproxima el poema como una voz fragmentada y aún esperando.

Nadie está exento de arbitrariedad cuando debe realizar una acotada selección de poetas, enmarcados en un determinado fragmento etario. Sobre todo en un país gozante de la calidad de tantos jóvenes creadores. Por eso no queremos hablar de merecimientos y sólo decir que, más allá de los nombres que están y de otros nombres que no pudieron estar, hemos intentado reflejar la sustancia de escrituras disímiles entre sí, pero coincidentes en la conformación de estilos particulares.

Dejamos a la inquietud del lector el determinar si una región puede definir una expresión poética. En estos nueve registros que presentamos puede hallarse quizás la respuesta.

Buenos Aires, 2007

ADRIÁN CAMPILLAY



© Dante F. Campillay

Nació en San Juan en 1969. Escritor y diseñador gráfico, ha realizado ilustraciones para grabaciones de música, animaciones digitales, páginas virtuales y una bitácora: elmomo.zoomblog.com Algunos de sus libros son *Poemas para después de un cigarro* (1995); *El amor y otros mundos* (1996); *El ojo del bandoneón (tango en 4 actos, 2001)*; *Las flores secretas* (2004); *Las ciudades interiores* (2004); *Poemas de amor para ser mordidos* (2005); *Libro de mar* (2005) y *Carne de cañón* (2006).

Excusa para un libro

Cada uno tiene sus exorcismos
unos van a la playa
otros se hunden en el mar
y otros
se sacan los clavos en casa
como si fueran garrapatas
se quedan sin ropa frente al espejo
lloran largamente

y cuando abren la heladera

piensan sólo en excesos
en sus madres
o en cualquier otro fracaso de ternura

como digo

cada uno tiene sus exorcismos.

La noche pasa y no sé qué pensar

La noche pasa y no sé qué pensar
ni árboles me abrigan
y tampoco presagios.

El caballo del verdulero
cayo muerto
mientras dormía parado junto a los tomates
el frío le comió las patas
pero el cansancio
se le metió en la piel
y si bien
la lluvia del día era luz
bajo los árboles
de su niñez
creció la noche caballo.

La muerte de pie
lo encontró cansado
pero no de su bestia
sino de la del verdulero.

Salida

Todos duermen

mientras respiro

bebo un café tras otro

un libro tras una ventana

una ventana cerrada

otra abierta

una *birome* que escribe con sangre
frases y dibujos

en un piso imaginario

un piso a un paso del abismo

a un paso de la cama

los perros ladran toda la noche

son perseguidos —como yo—

por voces que nos sobresaltan en sueños

o en las colas de las interminables farmacias del mundo

hasta donde se pierden los cerros la voz de los perros

acompaña a los cantores de la noche.

(fragmento)

Olvidé tus vestidos

Olvidé tus vestidos
¿quién podrá abrigarme?
cuando niño
olía
blusas
de mi madre.

¿ahora
atado a una botella
atada a un bar
atado a una pregunta:

quién podrá abrigarme?

Doy

Doy
a drogas
lo que a mi corazón no quito

aúllo en noches sin dormir
la escena me embiste sin excusas
no es hora de contemplaciones

aunque la hubiera

y el semáforo no fuera una cortadora de fiambre.

Caer en vicios no es definitivo

la vida no lo permite.

Dormir es fiebre.

Soñar es veneno.

La noche cobija eterna

abriga mis deseos

o debiera decir: ¿mis descelos?

si fuera día no irías por el pan

y si fuera noche

no descansarías.

¿Quién entiende a las horas

cuando no piensan en el tiempo?

De niños cerraban los ojos y veían puntos de colores

en la oscuridad ahora sus ojos cansados

piensan

en lugar de tener una mirada

se descascaran sus barcos en el olvido.

ANDRÉS CURSARO



© Teo Nürnberg

Nació en Neuquén en 1968. Se radicó en Rada Tilly en 1990. Poeta y periodista. Es secretario de redacción del diario *El Patagónico*, de Comodoro Rivadavia. Ha publicado *El pecado de soñar* (1988), *Jirones de un desierto que oscurece* (1999); *Poesía y rock en vivo* (disco compacto, 2000) y *Estación/Tierra/Nada* (2006). Compiló diversas obras para la Editorial Universitaria de La Patagonia.

El recuerdo del viaje

El recuerdo del viaje
nos queda aquí
guardado entre las chapitas
que voladas todas han sido.

II

Volver no es regresar.
Es cambiar esta cara
por esa mirada de montaña
en pleno grito en fondolago
desde donde escúchanse
míaquerida sus palabras ausentes.

III

He visto a los perros
derramarse en esta copa,
a las plegarias ladrar su don.
Qué otra cosa puede ser el regreso
sino un llanto de animal
cuando en su cabeza golpea el asfalto.

Oscurece.
El camino se pierde
en los cerros entumidos.

No es día en Tierranada
hemos callado y mueren
los asistentes que nunca un baile.

Sin embargo, en el bar gritan.
«¿Hemos hecho de palabras la mordaza?»

qué será este esperarte tanto qué fue nuestro en el agua antes
de la escarcha qué de los duraznos que mordimos cuando el
granizo se estrelló contra el galpón qué vimos en esa luz que nos
cegó qué hizo que subamos a esta máquina que nos lleva o trae a
una estación sin remedio he visto esas caras antes he visto a los
caballos morder el pasto seco de tu boca y a los sauces arrastrar
el cadáver que ahora somos

qué fue de su brillo en los cardos
la ruta plana donde se esconde nuestra casa
chapa por chapa poste a poste
hundida en las llamas del frío
qué por mí fuiste largamente querida
y los clavos que de mí quedaron
qué almita
qué se hizo almitamía después del brillo en el camino
de la palabra última dibujada en los vidrios
qué fueron los clavos que de mí partieron
calle a calle la he buscado siempre
siempre buscado por mí ha sido
el perfume desprendido de sus cardos.

Conservamos las penas
de nuestra vida antigua.
Ahora hemos viajado
por el viento que sigue
sacudiéndose entre las ruedas.
Llegamos
y de esta herida brota tierra.

Vinieron de un pasado de pasto
con la sangre en la boca
y llegaron pupilas escarchadas
de tanto enterrado sin súplicas.
Se vinieron como el ventarrón
a las chapas cayeron luces.

Entre sauces
los cargaron a la sombra que dan las bolsas,
los destriparon con sonrisa heroica y ahora se vienen
esos huesos con sangre en la boca
a interrogar
qué hacen estos muertos entre todos nuestros muertos.

y así entró la noche con su luz encendida apenas los ojos
abrieronse el frío recorrió cuellos apenas sangre brotó la noche
de lámpara sucia se vistió corrió parió la sed cuando el sudor
apenas pudo murió cansado de correr deshilachados apenas
juntó sus penas cuando entró la noche a encender su luz y así

fueron las noches párpados hilos de baba en la cama desta playa
nos juntan en pedazos los chimangos mudos cortan su lengua
enfrian ardores en la sal unos amantes huelen a labio partido
sonrisita lechuza viuda te observa dar vuelta la cabeza

donde la luz se calla donde las camas arden su llama atenta
que se hizo la voz alerta del fuego cuando llovía en ti farodetierra
esa tarde en la esquina del teléfono mudo por tu chico perdido
dónde buscaste la voz la mano mejilla brotada no fue en otro
cuerpo que en este que ahora flota remedio mal curado dónde
llegó toda palabra dicha de mañana labios mojados espanto
llovías de verte sin padre para ese hijo se cae como siempre se
cae al pasado que viene donde se pretende llevar la cama y arder
solo arderse la piel blanquita blanquita

la blusa atada a la cintura pierna arriba tacos rápidos por la
baldosa el quiebre se marca todo en música y bailás para quién
con esa marca que dejás no puedo seguirte al zanjón rubia hacé
que pierda el paso retroceda caigan los zapatos en charol vuelve
la cara contra esa otra cara y mejilla a mejilla enseñalé como
brota la nieve como sucede el río entre los yuyitos vuélvete mira
con desdén su mano bajar hastal dibujo de sus piernas hasta el
dedo rígido acusando baldosas mejilla y mejilla blusa y charol
tango rubia es tango lo que olés esta noche sobre el tajo de la
falda es sangre lo que bailas

JAVIER FOGUET



© Guido Foguet

Nació en San Miguel de Tucumán en 1977. Es psicólogo. Colabora en las revistas *Fénix* y *Hablar de poesía*. Ha publicado *La tumba de los viajes* (2005).

Nota

No te conozco y no me conoces
pero he dormido en tu cocina de piedra
al resguardo del hielo y de la niebla
y he quemado un poco de la reserva
de yareta (el único combustible
de que dispones a esta altura, lo sé)
y todavía mi ropa esta impregnada
con su humo resinoso y tampoco
me perdono no haber tenido una ginebra
para dejarte bajo el techo tiznado
para las noches apenas más cálidas
y hondas que te tendrán aquí, de nuevo,
junto al olor de los pastos
y el goteo más decidido y saludable de la vega.
Como me ha recomendado la gente
que me indicó tu puesto, he terminado
de apagar los tizones ahogándolos
con su propia ceniza y un poco de agua
que no se congeló durante la noche.

Desolación

A los 62° latitud Sur
60° longitud Oeste
avistamos la isla bautizada
Desolación.
Aquí
la palabra es tremenda.
No la virtud aérea, engendradora;
el peso muerto
del lobo de dos pelos
la adherencia rojiza
del *sphoerella nivalis*
del hielo joven varando las quillas.
Quemado el combustible
devastadas las roquerías,
echaremos tu nombre al fuego.
Nos mantendrá calientes
las noches y los días
de un año entero.

Pedí ser tu ayudante
en los bosques de alisos
cuando me describiste tu trabajo.
(En las maniobras básicas
te arrodillabas junto al árbol
lo horadabas
buscando el centro)

Lo que he aprendido,
lo que me relatabas
y precedía cada uno de nuestros pasos
probablemente lo olvide mañana.
Yo buscaba la excusa
para también cumplir el gesto:
arrodillarme junto al tronco
recorrer con la mano la corteza
herirla imaginando
su médula vinosa
su terca soledad.

Saludarlos (quizás el verbo más preciso
para decir el hecho
de estar parado frente a los árboles),
saludarlos una vez más,
cuando ya no puedes hacerlo
sino desde la lejanía
pero saludarlos aquí, contigo,
pesados de noche
goteantes como una cueva.

Los vientos que son del ámbito del río
y a veces suben el ribazo con el grito del tero
forman parte del rito que he cumplido, cumpla
involuntaria y fielmente.

No hay iniciación sin embargo
o no hay paso
o sólo los pasos del ritual cada vez
cruzando aguas heladas
como una promesa ciega y generosa.

La diosa del vaso desbordante

De una loma donde anidan las iguanas o una calota astillada
es el aspecto que las excavaciones dan
al viejo emplazamiento.
El intendente, el molinero, las portadoras,
mi propia decapitación fueron inquiridos.
No respondí hasta que no trajeron mi cuerpo
arrojado por saqueadores
en uno de los corredores del templo
y lo que dije y lo que callé,
automáticamente, como si hubiera pasado una sola noche
desde la última celebración,
fue lo mismo que los hombres solían beber
y también pareció saciarlos por unos momentos.
Ahora retoman
la línea del muro hacia abajo.
Buscan el nivel de las napas
-tampoco de estas cámaras quedará nada en pie
y mis palabras aún son fértiles
como orillas anegadas
como guano.

RODRIGO GALARZA



© Miguel Pérez Pardo

Nació en Corrientes en 1972. Es profesor en Letras. Cofundador del Grupo Literario *Pájaro de Tinta* y director de la revista del mismo nombre, reside en Madrid, donde se desempeña como editor de *Amargord*. Ha publicado: *Soles dormidos* (1992); *Cuestionario* (1994); *Diluvio en la memoria* (1995); *Ráfagas de pájaros* (1997); *Relámpagos de crepúsculos* (2000).

5

«gracias quiero dar al divino laberinto de los efectos y las causas»
a los múltiples defectos del hada de las factorías, por su risa
infame y su cabellera cruel que hipnotiza a los incautos,
 ¡salud! ferretera de la desgracia,
frutera mía desterrada de un país de rocío,
de la alucinación en estado natural
tiempos ha que no cesan los yunques de tus manos
las Edison de tus ojos
tiempos de martillo y cemento para la vanidad de tu hambre
¿dónde tus bríos?
 sirena de agua dulce
¡salud!
 hada de los polígonos bestiales.
Vestal de primer mundo.
¡Vitor péan!
la fuerza bruta de la sutileza te entronizó en las formas
mientras el fondo extiende su desierto de ánimas raquílicas
mientras lo «hondo» nos mira y después de tantas preguntas
las respuestas infectan la sangre,
 gobiernan la mirada
que todavía no ha aprendido a enamorarse del aire
¡salud!

a Francisco Madariaga y Enrique Mercado

Aguasueño

1

duerme el agua y atraviesa el fondo
hasta el infinito

agua de los sueños
azul incendio del tiempo otro tiempo
de la sola luz cantando por vez primera
sobre las formas

duerme el agua reflejo de Dios

2

voy a verte huir hacia el país del silencio y la sed
donde el agua guarda su sueño en la intimidad de su canto:
suave vapor de oro madurado en un instante
por luz de eternidad

voy a verte huir a mí

3

que el alba sube hasta tu boca y libere la palabra que te ata

4

nadie sabrá de nuestro encanto
a la hora en que la luna sangraba luciérnagas
para poblar de estrellas tu boca derramada
en la intemperie de la noche

5

mientras sangra en mí la luna
me acerco a tu orilla de silencio
y la marea del dolor sube
y me llena de frío mercurio la boca
y mide mi muerte

6

fría y negra
una boa reptante por la médula caliente
de mi memoria:
 vértebras de silencio
sosteniendo los abismos

frío y negro me convierto en ella
y me deslizo por la piel del agua
y aprisiono los sueños del estero

Arte poética

no tenés orillas

atada vas a la desnudez del aire
abriendo el fuego de antiguas estrellas

nombres entrelazados por un secreto rocío
que hace brillar el tiempo como si fuera
una eternidad irrepetible

ardida luz de oscuros ángeles
astillados en silencios que duelen nacimientos

no tenés orillas

y sin embargo
día a día busco encallar en tu boca
para que me salves

me digas quien soy

quien fui...

Compuertas

I

es tarde
hay pájaros que sangran sus abismos
y río de silencio que me lame los huesos
y entonces
río de tuétano con las compuertas abiertas
río sin orillas:
el rito de la muerte que bufa
y me lleva pasajero de las sombras
es tarde...

II

tuyo es el reino del silencio
este silencio que reina en mi sed

tuya esta corona vacía

sea mi muerte
para que acontezcas en mí

PAULA JIMÉNEZ



© Valentina Rebassa

Nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1969. Es psicóloga. Colabora en la revista *Hablar de poesía*.) En 2006 recibió el Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero y Hernández de Plata. Textos suyos integran diversas antologías argentinas e hispanoamericanas. Ha publicado: *Ser feliz en Baltimore* (2001); *Formas*, libro y cd (2002); *La casa en la avenida* (2004) y *La mala vida* (2007).

Me pedías que hablara de ese árbol

Me pedías que hablara de ese árbol
donde yo
te miraba acurrucarte,
la historia de la familia, me decías.
Ahora veo de lejos tu mano temblorosa
apretando la pluma contra el cuaderno
y el pulso salido de la vaina
por ser firme.
Yo imitaba tu letra en mi deseo
infantil de cambiar
lo que en vos era vacilante
o dicho a medias.
Mirando Meteoro imaginaba
la secuencia de trazos, la textura
irrompible de su casco
y las facciones del *enmascarado*
que para mí eras vos. Una noche
te soñé como un robot exacto, yo sacaba
piezas intercambiables de tu cuerpo
que no podía morir.
Despierta o sola estoy
afuera de mi sueño ¿Quién dijo
que del vientre de un padre
no se sale? ¿quién jura
no haber estado adentro?

Con saña o descuido

Con saña o descuido, lo frágil
resbalaba de nuestras manos y se hacía polvo
en el piso. *No anden descalzos,*
decía la abuela, *porque los vidrios*
se les clavan en los pies. Quizás buscábamos
averiarnos también, que por un día
nuestra vida fuera otra.
Romper era probar cuánto duraban, alterar
ese orden que los grandes le daban a las cosas.
La franela o el plumero
detenían la erosión, el gran desastre,
como lo hacía el pararrayos de la iglesia
en las noches tormentosas. Sin embargo
qué no hubiéramos dado por ver
la caída de un rayo entre nosotros, todo Caseros
en llamas y el rugido furioso
expandiéndose por la avenida. Yo prefería
que las polillas se comieran los tapados
a ese olor rancio, el acre
de un ropero abierto en los inviernos.
Expuestos al desgaste
estaban los objetos de la casa, será por eso
que rompíamos todo. *Hoy crecí,*
dijo mi hermano un día, *porque quiero arreglar*
lo que está roto.

Si tu grito es un ladrido

Indio Solari

I

Criaba labradores en su casa,
todo el fondo era de ellos. Jardín no había,
ni césped, tierra rasa y a la sombra del árbol
una hamaca «para tirarme a leer
ciencia ficción». Me lo imagino libro en mano
con las piernas cruzadas y los perros
rodeándolo como una alfombra negra.
Una noche, después de llenar tachos
con agua y alimento entró a su cuarto
y se coló unas pepas. «Vos te burlás, yo quiero
saber del más allá» decía y no pensé
que hablaba en serio. Fanático del género,
desde el barrio Villa Urquiza organizó
su propio viaje a las estrellas y de ese plan
sideral no tuvo dudas. Se quedaron los perros
varados en el fondo de la casa,
ladrando por tres días como buscando ayuda.

II

«Criarlos no es
darles solamente de comer, hay que vivir
para ellos, pasearlos, estar atentos
a una riña callejera, verlos de golpe
transformarse en fieras

frente a otros perros y saber
separarlos cuando clavan sobre el lomo
de alguno un dentellazo. En la manada
se conocen y se cuidan, aunque a veces
parecen enemigos. Quizás siempre lo son,
pero se olvidan».

III

«La pasión es un código de dos
tan distintos que en común
se inventan algo», dijo y que su propio
amor no fue otra cosa más que un artificio.
«No hay solución mejor que un tinto para eso,
después de la segunda copa uno empieza a verse
parecido al otro
y el sexo es como el vino, borrachera»
Creí entender su bronca. «De pronto quien te deja
es un extraño, ¿o no? Como cualquiera.
Nadie se aguanta una distancia así.
Solo como un perro andar rascando
tu hueso en algún sitio de la tierra.
No es para mí».

MARÍA JULIA MAGISTRATTI



© Sebastián de Miguel

Nació en 1976 en Azul, provincia de Buenos Aires. Egresada de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, obtuvo el *Premio Letras de Oro* de la Fundación Honorarte. Ha publicado: *Alasitas* (2004) y *EA* (2007).

Padre

Mi padre entra a brazadas
por la noche
y se acerca hasta la hija
que sueña con su padre muerto.

El tiempo
ha insistido tanto en el sueño
y el padre ha crecido tanto
en la muerte.
Ahora ella habla con ese hombre más anciano.

En la oscura habitación
nadie siente quejarse a la dormida,
su cuerpo la lastima.

Está alcanzando la edad del muerto.

Bailamos

Bailamos
porque más adelante será tarde
decía el padre.
Hijos de hijos
con la carne soltando aguas del presente
en la noche actual y huérfana.

En algunas partes del cuerpo
no somos hijos.

Y de tan nuevos, sin terminar
de nacer, bailamos.

La música siempre nos duele:
alfileres, insectos ciegos, telas rotas,
barcos, globos de papel.

Para que no nos salgan las plumas,
para que no nos crezcan las escamas,
bailamos.

He mirado por primera vez

He mirado por primera vez
el anillo,
su anillo sobre la palma de mi mano,
el círculo roto y
el insecto viejo.

Ya no suena
ni tiene lugar entre las cosas,
con la abuela escribió sus cartas
y recordó mares
en las cercanías de su cara.

Ahora que el tiempo mira
y llama
y ella de frente
marcha para alejarse,
esta flor arrancada de sus dedos
traigo,
este escudo que el polvo ablanda

El presente siempre llega después
y llega despreciando.

Petronila

En la aduana
Petronila
teje el mismo dragón
y les dice a los viajeros
es único, llévelo amigo.

Petronila
no mira a los ojos
son sombras los cuerpos
por esas sombras ellos pasan
algunos se quedan
joyas oscuras
dice.

Y levanta su tienda,
un perro la sigue
por el camino a su casa.

Todo lo profundo está vacío
no dice.

La gallina

La gallina conoce el hambre de esos niños.
Ve la madre
traer los frutos
en un canasto de moscas
y el hilo de la naranja
corriendo por el cuello
del más pequeño.

Ve la siesta de un pescado
sobre el fuego.
El silbido de los choclos
en la olla.

La gallina es la única que ve la muerte de todos
porque no puede mirar de frente.

El eclipse

Con un carbón te pintaste la cara
y tomaste el camino al espejo.
Alguien gritó «vengan a ver el eclipse»
y te quedaste alzada en tus propios brazos.
Inmensa de tan triste.
Primitiva de la naturaleza.

Una madre apuró un pañuelo por si alguien decidía llorar.

Lo que le sucede al planeta, nos sucede.
Lo has sentido cuando remontaste un barrilete,
cuando bebiste con sed de un canal en el Perú.

Ya puedes volver a todos los espejos,
dejar piedras en los caminos
para que algo tocado por tu mano se incorpore al mundo,

o criar a tu conejo de la suerte
afinar los pastos
encontrar tu trébol.

Siempre llega el eclipse cuando están las madres cerca.
Y su secuela en la costura recién abandonada,
seguirá en los años, comiéndote los ojos.

El agua que chifla sola hirviendo en la cocina,
el gusano del durazno sumergido en su placenta;
el huevo que siempre cae cuando hay un eclipse.

Y las luces no se encienden
porque el planeta es la perra escapada.

Tu madre es la que gritó, con la blusa a medio prender
y el cuello extendido al cielo.
Alguien había dejado un libro sin señalar,
otro la taza por la mitad
y una sábana mojada.
Y yo no caía en cuenta.

A la hora del eclipse, mi madre
era una niña olvidadiza, tremenda de sol
que yo tataría con tierra.

CLAUDIA MASIN



© Valentina Rabassa

Nació en 1972 en Resistencia. Vive desde 1990 en Buenos Aires. Obtuvo el Premio Casa de América en 2002 por su libro *La vista*. Poemas suyos han sido compilados en diversas antologías, entre ellas *Poesía latinoamericana del Siglo XXI: el turno y la transición* (México, 1998). Coordina talleres literarios. Ha publicado: *Bizarría* (1997), *Geología* (2001), *La vista* (2002) y *El secreto* (antología, 1997-2007).

París, Texas

Me gustaría contarte lo que veo, hablarte
de los hoteles abandonados apareciendo de la nada
en el medio de la carretera como castillos solitarios
cuyos puentes levadizos hubieran sido
dinamitados hace tiempo. Me gustaría
contarte lo que veo pero es imposible
hallar un dolor que condescienda
a ser narrado. ¿Vale la pena entonces,
emprender tan largo viaje para ir de un extremo
a otro del silencio? También es imposible
callar por completo: sé que terminaré por llamarte,
como se llama a alguien cuando se está a oscuras,
sin el auxilio de la voz, un estremecimiento
semejante al de esas luciérnagas
que al chocar contra un parabrisas en la ruta,
se deshacen esparciendo una nube pequeña
de polvo y luz, y ésa -quizás- es su idea
de un encuentro.

(Wim Wenders)

Madre e hijo

Despacio, despacio, que hasta aquí no llegue la prisa de la muerte. No quiero que venga la primavera, dijiste, no tengo ropa que ponerme. En las montañas pareciera que siempre está a punto de desatarse una tormenta, pero hay una sola tormenta en todo el invierno. Cuando sucede, salimos los dos a verla. Te tiemblan las manos como a una niña pequeña, siempre me pregunté si de alegría o de miedo. Todas las cosas únicas aterran. A veces quisiera protegerte, taparte los ojos, que no adviertas la primera gota desprendiéndose, inevitable, del cielo. Que no sepas que por más que hagamos silencio por meses, por años enteros, acabaremos por decirnos una u otra palabra, y en ese momento comenzará a correr el tiempo.

(Aleksandr Sokurov)

Detrás de la puerta

En las noches de Marrakesh, los hombres viejos
que me llevan a recorrer la ciudad
y esperan que los guíe, terminan inexorablemente
perdidos. Tal vez sólo sé un camino,
y los demás son rodeos
que convergen en él. No tengo preguntas,
la certeza es un sitio donde me crío a mí misma,
como si yo fuera una hija mía. ¿Ves? me digo,
aquí están las imágenes de tu vida,
desfilan como en una película muda,
las películas mudas son aburridas. No importa
demasiado tu vida. ¿Ves? aquí tu casa, tus padres,
las cosas que olvidaste en las mudanzas,
no importan demasiado tus cosas. Podrías ser
cualquiera, podrías no existir, una sirena
dibujada en un libro de mitos. Escuché la historia
de un grupo de exploradores en la Antártida:
iban a vivir un año en el medio de la soledad
y el frío para estudiar la zoología, la botánica,
el clima. El barco de rescate chocó contra un témpano
mientras viajaban para llevárselos
a Europa de regreso. Pasaron inviernos enteros
en el refugio, una casita noruega que ellos mismos
habían construido en el medio
de un país de hielo. Se inventaron

una vida cotidiana, distribuyeron
las tareas y esperaron. Uno de ellos escribió
en su diario: *llegué a olvidarme de que tenía un rostro.*
Sólo sobrevivía para estar presente en el momento
en que un improbable barco fantasma
asomara entre las olas. Así es como todo se borra,
la propia voz, el propio cuerpo, cuando alguien
tiene que llegar hasta nosotros
y no llega. El azar es ecuánime -solías decir-
todos encontramos al menos una vez
lo que siempre hemos buscado. Ya no te creo:
el azar, por definición, es injusto. Hay
una vez, sí, pero una sola, y lo demás es el deseo
de que vuelva.

(Liliana Cavani)

La mudanza

Hay un amor al extravío en todas las personas extraviadas,
a la larga uno levanta su casa donde resulta que ha caído:
arena, agua, barro, tierra firme. ¿Pero y si resultara
posible la mudanza, si el movimiento
no fuera una explosión que de improviso
transporta las moléculas de un cuerpo
de un lugar a otro lugar, si el movimiento fuera
desprenderse como se desprende una gota de una rama,
si fuera algo así de lento, así
de irreversible?

SILVIO MATTONI



© Cecilia Pacella

Nació en Córdoba, en 1969. Ganó el concurso de poesía Enrique Pezzoni (1992) y la beca Guggenheim (2004). Ha publicado: *El bizantino* (1994), *Tres poemas dramáticos* (1995), *Sagitario* (1998), *Canéforas* (2000), *El país de las larvas* (2001), *Hilos* (2002), *El paseo* (2003), *Poemas sentimentales* (2005) y *Excursiones* (2006), poemas; y *Koré* (2000) y *El cuenco de plata* (2003), ensayos.

Paseo

Las ruedas del carrito giran con firmeza,
a pesar de que los chinos laboriosos
habrán tenido que resignarse al plástico
industrial. Vamos callados los dos,
pero la nena observa con detenimiento
las personas que aparecen, los perros,
y saluda o señala de acuerdo a la mirada
que descubre en sus ojos. Yo camino
pensando en los poemas que me libren del mal
y que no llegan nunca. Lo que falta es la fe,
decía Hegel. A veces uso frases
para estimular los oídos de la beba
con palabras que no podrá decir.
Si ella pudiera recordar, contar
este paseo cuando sea grande,
¿encontrará un indicio de inmortalidad?
Mi cerebro titila hace unos días
y confirma mi idea más antigua,
la primera memoria: alguna vez
se apagará el arroyo de palabras,
se cortará la luz y no habrá sueños.
¿No es posible recobrar la alegría
antes de cualquier libro? ¿Dónde
escondí los detalles de mi primera infancia?

Muchas baldosas rotas, mínimas obras
abandonadas por la mano alegórica
del tiempo. Con el pie derecho empujo
el eje trasero del coche y saltamos
sobre los obstáculos. En seguida llegamos
a la vereda lisa de la iglesia:
la regularidad de las estrías
produce un traqueteo que nos gusta.
El ritmo de dos torres de cemento
dispersa diagonales que cortamos
con nuestras ocho ruedas. ¿Será neogótico
ese anhelo precario de levantar la cruz
en una aguja de hierro? «Bu, bu, bu»,
tu dedo índice señala un perro
y te das vuelta para compartirlo.
Tenés razón: en estas construcciones
no hay sentido ni estilo. Pero un cuerpo
humano o animal se da con gracia
destacada sobre las casas bajas y los pobres
intentos de hacer algo duradero.
Justo enfrente del atrio, no pude evitar ver
un pichón aplastado pululando de hormigas.
No te lo muestro, ni lo verías, sólo
te interesa lo vivo. De un altísimo nido,
¿lo tiró un accidente o fue expulsado?

Las megalomanías me acompañan
como si todo el tiempo fuera mío.

Soñé que estaba en un país lejano
y junto a dos amigos, que no puedo
reconocer, cazábamos ranas arborícolas.
Brillaban verdes, intensas, en las ramas
más altas de unos ficus, unos siempreverdes,
paraísos y plátanos, con largas cañas
las bajábamos. La bolsa estaba llena,
pero no se movían, eran un alimento
pacífico, como frutas. ¿Soñás
vos con perros, caballos, gatos,
o te acordás de los sapitos en el campo
y la alegría, los saltos que te contagiaban?
Son como versos, creo, uno los pesca
pero no los inventa. «¿Dónde está el ‘po’?
¿A dónde están los ‘po’ escondidos?», te digo.
Y te das vuelta y contestás: «Po, po...»
Para que riéndonos busquemos juntos
a esos misteriosos saltarines que no viven
en este barrio. Pero si a la noche
nos iluminan titilando, croan
a nuestro lado mientras caminamos,
¿cómo es posible que no existan? Te digo:
vas en el coche, recostada, tranquila,
pero sabés que todo es un trayecto
entre cosas y seres que de pronto
dejamos atrás para poder besar
y comernos su luz en la memoria.

En el ángulo opuesto de la iglesia, el cilindro
que se eleva con sus almenas de juguete,
rosas y blancas, reza: *Turris Davidica*.
¿Habrá una construcción veterotestamentaria
que selló el voto de la orden imperante
en esta manzana del barrio? Seguimos,
cruzo la calle para ver a los santos
de cemento, estirados en sus ojivas
que simulan materiales nobles. ¿Los ves?
No, estás llamando a un tótem emplumado:
«cuá, cuá...» Y una paloma asustada que vuela
como si en su primer forma los patos
pertenecleran al cielo hasta que el agua
los obliga al reposo, a la resignación.
¿Sabrán los santos flacos, como figuras
sin conciencia influidas por Giacometti,
que nunca en estas tierras hubo fe,
ni edad media, milagros, casi nada
entre el vacío y la escisión cumplida?
Para vos sí, hay algo, te señalo
el gris ceniza de unas alas que se aquietan
sobre un paraíso. Las ves, de nuevo: «cuá».
Tu dedo índice y tus labios abiertos
en la dichosa sílaba le agregan al pastiche
el milagro más cierto, sin historia.

Hay una música en nuestra caminata:
con las baldosas rotas bajo las ocho ruedas,
el coche un poco avanza y otro poco se frena.
No tenemos secreto para los versos blancos
que decolora el tiempo. Ahora compremos
un cuarto de pan criollo, cuando crezcas
te harán reír de tu ciudad. Una casa
de mil novecientos doce corta el ritmo
de cubos y de prismas: ¿te interesan
las caras moldeadas en cornisas
coronadas de acantos excesivos? Parece
abandonada, sin duda que sus dueños
la usan para vivir y no la miran.
Hay otra música en tus breves sílabas:
a baldosas estriadas, ruedas lisas,
la casa se demora a tus espaldas.

Saludás con la mano a los que pasan.
Yo acompaño tu gesto con mi mueca
de vecino dichoso, aunque discreto. Allá,
desde la esquina el ángulo del ojo
ve a una mujer joven que se acerca.
No le miro la cara hasta que siento
sin ver tu consentimiento, tu risa
dirigiéndose al mundo debajo de los rulos
castaños. Fijo en el rostro el centro
de mi atención y pienso: no hay codicia

real en la curiosa búsqueda
de una belleza que no va a durar.
Digo: «¡Hola!»), muestro un diente, es tu maestra
jardinera. Ha terminado su horario
de trabajo y corre perseguida, escapándose
de un sátiro invisible que encontrará después,
cuando sea ninfa nocturna y se pinte los labios.
Pasó a nuestro lado. ¿Tendrás vos
que cuidar bien tu pelo y tener pasos
de animalito que atraviesa un bosque
de ojos? Pero me gusta agregarte
una precisa inteligencia que ojalá
te haga amiga de Diana y te dé flechas.
Ahora me callo, porque en ese mundo
no voy a estar. Ni volverá este instante
que en el futuro dicta sus palabras.

Vamos hacia la plaza. Siempre hay algo
para colmar tu alegría de mínimos índices
que dibujan una palabra no sabida.
Perros grandes que corren como tropas
de un ejército sin jefe, juguetes
de los organizados hombrecitos
que se hamacan furiosos. Mirá
las artesanías falsas, los autos y motos
a batería, el que alquila
una pelota y la ilusión de un arco

que ya ha sido vencido. En el extremo sureste de la plaza, si es correcta la información del sol, unas estatuas de yeso nos esperan. ¿Qué remotas manos habrán pensado, en qué momento de la historia, en hacer un Moisés tamaño enano, una Venus que sale sin color, como tiza, del hormigón que forma cuadros para imitar baldosas? Me gusta la que tiene un pecho erecto afuera de la túnica, el pelo recogido, y supongo que es Diana, desarmada. No tenemos jardín ni religión. ¿Dónde pondría ese yeso para ver cómo oscurecen los años el blanco? Empujo el coche, hago una reverencia con la vista, saludando a la diosa y ayudando a tu dedo que la llama. En poco tiempo, pasearás entre los árboles, subirás al tobogán, tendrás la risa devuelta en la mirada de los otros. No te olvides de mostrarle a tu diosa, que estará oculta en vos antes del habla, las raíces enormes del ombú, decile o decite a vos misma: «este gran pulpo es mi planta sagrada de una tarde».

En el camino de regreso, pienso
en la pintura que se está formando
a pocas cuadras: la mano de mi amigo
pone un color que saca con el dorso,
pero deja el vestigio casi verde
de un río en la llanura anaranjada.
San Cristóbal, gigante, lleva a un chico
que parece un muñeco sobre el hombro,
y un bastón en la mano. Un solo paso
se hundirá en el agua, el pie derecho
tocará la otra orilla. Como a vos,
el movimiento hará reír al niño.
Pero no todavía. De repente,
la calle se hace río y los autos son bestias
veloces, que amenazan nuestro carro
frágil en el cordón de la vereda.
Tranquilamente cruzo, tu alegría
entrebrea la corriente, paraliza la espuma.
No soy un santo, ni vos sos una diosa,
literalmente hablando. Y algún día
no pisarán nuestros pies el suelo que nos ama.
Pero en este momento sos eterna,
y dejo mis palabras para subir al cielo
colgado del carrito azul marino.

Hablan, gritan, se ríen, te saludan
tus hermanas mayores. «Acá estamos»,
les digo y vos entrás con tu dudoso paso
a buscar un juguete, alguna cosa
que cambia de lugar. «¿Adónde fueron?»,
me preguntan. «A caminar», contesto.
Si menciono la plaza habrá un reproche
bien merecido. Desde el segundo patio
viene un rostro italiano, un cuerpo pequeño
con hombros anchos, cuello fino. «¿Quién es?»,
pregunto acompañándote, mirando
el pelo recogido de color naranja
donde el sol se detiene a darle un beso.
Es tu mamá, pero es también la causa
de mi felicidad, de este poema
que ahora se acaba porque hablé con ella
y el día se atesora. Dice: «nada es eterno,
pero hay tiempo y deseo todavía».

ALICIA SALINAS



© Héctor Río

Nació en Rosario, en 1976. Licenciada en Comunicación Social. Ejerce el periodismo en el diario El Ciudadano y en la revista Rosario Express. Integró las antologías *Los que siguen. Veintiún Poetas Rosarinos* (2002); *Dodecaedro de Poetas* (2004) y *Pulpa* (2006). Ha publicado: *La sumergida* (2003) y *Crisis social, medios y violencia. A 10 años de los saqueos en Rosario* (crónica periodística, 1999).

quién sabe alicia ese país

quién sabe alicia ese país
por desaparecida no aparezco
no surjo

insumisa
insurgente
sin sueño
no surjo
entre tu gente insomne
país
canto mi himno
desaparezco
siempre presente mi desaparición
insurrecta
sin rectas ni tangente

alicia despaisada
sin maravilla.

es la cualidad de un revolucionario

es la cualidad de un revolucionario
amor
amor
amor
amada tu prójimo como a ti mismo
ámense los unos a los otros
amen

amén
hasta la victoria siempre.

dónde más voy a ir

dónde más voy a ir
aquí
vacía soy de gracia
entre todas las mujeres
en el nombre del padre
falso tótem
insignia ensangrentada por la furia del río
dónde viven ahora los que no surgen
sumergidos
aves desde helicópteros
hasta las rocas
en agua dulce mezclada con la sal
que carcomey comes
alina
desarmada
ay,
qué letra la muerte
qué país
qué espera.

mi endeblez se subleva

mi endeblez se subleva
pero frágil me callo,encinta
sin clase ni útero quise
con cáritas en las manos sucias
limpia me amaron
desclasada
sin cintas en el pelo
en flancos florece la pampa
y yo debajo,como una necesidad de la tierra.

duelen las uñas de mirarme a los ojos

duelen las uñas de mirarme a los ojos
y me callo anclada en los lodos malos de la patria
sin plata ni río todas las horas que en vano te esperé país
sin que te quedaras
¿dónde más voy a ir?
me duelen las lenguas
no doy más no me dan
pido pan pido paz
me caigo de las nubes
no llevo nunca al cielo
hundida en esta desaparición
en esta tierra que me olvida.

محمود درويش



Mahmoud Darwish (Al-Birwa, 1941-2008), cuyos fervientes poemas sobre el exilio de los palestinos y dolorosa condición de la vida de los humanos sobre la tierra le convirtieron en uno de los memorables escritores del siglo XX, ha muerto, el sábado 9 de Agosto en un hospital de Houston luego de varias complicaciones en una cirugía de corazón abierto. Tenía sólo 67 años, la mayoría de los cuales había dedicado a luchar por la liberación de su pueblo de las cadenas de la opresión israelí, participando activamente en la difusión y defensa de su cultura y literaturas, redactando la Declaración de Independencia [1988] o escribiendo

do algunos de los discursos del padre de la nación, Yasir Arafat, al lado de cuya tumba será enterrado, con honores de estado, en Ramala, la futura capital del estado Palestino.

Hijo segundo de Salim Darwish, un terrateniente musulmán y Houreyyah, una analfabeta, cuyo padre enseñó a leer al poeta, nació en un pueblo de la antigua Palestina cerca a Haifa, destruido por Israel en 1948, —mientras los palestinos conmemoraban la Nabka, «el desastre»—, desde donde la familia huyó a Líbano, regresando eventualmente a sus tierras para terminar el bachillerato en Kafr Yasif, donde ingresó al Partido Comunista Israelí y publicó su primer libro de poemas *Asafir Bila ajniha*, cuando tenía diecinueve años. Luego de haber estudiado en la Universidad de Moscú, fue despojado de la ciudadanía israelí y al unirse a la OLP en 1973 se le prohibió el ingreso a Israel, donde sólo pudo regresar en 1995 para asistir al funeral del poeta Emile Habibi y establecerse en Ramala, un año después donde fundó, con dinero del gobierno japonés, el Centro Cultural Khalil Sakanini, que fue destruido por las tropas israelitas el 2002, durante el cerco contra el Rais, antes de su muerte.

Autor de libros de poemas traducidos al español como *Menos rosas*, *El lecho de una extraña* o *Memorias del olvido*, director de la revista de poesía *Al Karmel*, con su textos cautivó legiones de jóvenes y adultos que se interesan por el destino de su pueblo, trascendiendo localismos y hechos puntuales porque como él mismo sostuvo, muchos de los asuntos de sus poemas como el exilio, la alienación o la melancolía ocurren también en otros confines del universo y no son de uso o exclusiva ocurrencia en pueblos pobres y oprimidos. «El exilio —dijo— es más que un concepto geográfico. Puedes ser un exiliado en tu patria, en tu casa, en una habitación. No es sólo una cuestión palestina».

En un siglo que ha conocido el auge de la poesía de entre guerras y su decadencia en la aldea global, demostró que la poesía

conserva el poder de conmover comunidades enteras, como sucede en Palestina, una nación y un pueblo que espera hace más de medio siglo la restitución de sus territorios y derechos. Uno de sus más celebrados poemas conmueve cada vez que le recorremos:

*Escribe
que soy árabe,
y el número de mi carné es cincuenta mil;
que tengo ocho hijos,
y el noveno vendrá con el fin del verano
¿Te enfadarás por ello?*

*Escribe
que soy árabe,
y con mis camaradas de infortunio
trabajo en la cantera.
Para mis ocho hijos
arranco, de las rocas,
el mendrugo de pan,
el vestido y los libros.
No mendigo limosnas a tu puerta,
ni me rebajo
ante tus escalones.
¿Te enfadarás por ello?*

[...]

*Escribe
en el comienzo de la primera página
que no aborrezco a nadie,
ni a nadie robo nada.
Mas, que si tengo hambre,
devoraré la carne de quien a mí me robe.*

*¡Cuidado, pues!...
¡Cuidado con mi hambre,
y con mi ira!*

(Carné de identidad, fragmento)

Aún cuando la mayor parte de su obra la escribió en árabe clásico más que en el lenguaje de las calles, Darwish, que también hablaba inglés, francés y hebreo y admiraba la poesía de Abd al-Wahhab al-Bayati, Badr Shakir Al-Sayyab y Yehuda Amichai, se aleja a grandes pasos de las florituras y barroquismos de sus tradiciones poéticas, usando de un lenguaje directo y candente, que muchos consideran lo más hermoso del árabe contemporáneo, sin olvidar que los asuntos políticos son determinantes en muchos de sus poemas y la historia de su vida.

Sin embargo, hacía ya casi dos décadas que no escribía poemas directamente políticos y había llegado a sentirse algo incómodo con muchos de los que había escrito. *«A veces me siento como si me leyesen antes de que hubiese escrito, dijo a The New York Times en 2001. Cuando escribí un poema acerca de mi madre, muchos palestinos pensaban que mi madre era un símbolo de Palestina, pero yo escribo como un poeta, y mi madre es mi madre, no un símbolo».* Y agregó *«Llegué a pensar que la poesía podía cambiarlo todo, que podía cambiar la historia y podía humanizarnos, y todavía creo que esa ilusión es necesaria para impulsar a los poetas a creer en el futuro de la humanidad, pero hoy sólo creo que la poesía puede cambiar la poesía».*

Mahmoud Darwish recibió los Premios Lotus, Lenin, Orden de las Artes y las Letras, Lannan Cultural, Príncipe Claus, Bosnio y Struga.

U.C.

LEOPOLDO ALAS (1962-2008)



Leopoldo Alas, natural de Arnedo, sobrino biznieto de «Clarín», falleció en un hospital de Madrid a comienzos de este mes de Agosto. Desde hace varios años llevaba un programa por Radio Nacional de España bajo la seña de *Entiendas o no entiendas*. Se dio a conocer desde cuando Vicente Molina Foix y Luis Antonio de Villena le incluyeron en varias antologías de la joven poesía de entonces.

Licenciado en Filología Italiana, publicó variados escritos en diversos géneros literarios como la poesía (*Los palcos*), relato (*Descuentos*), dramaturgia (*La pasión de madame Artú*), libretos de ópera

(*Estamos en el aire*) y ensayo (*Ojo de loca no se equivoca*). También dirigió una revista de poesía, *Signos*, [1987-1992]. Otros de sus libros son *África entera tocando el tam tam*, *Descuentos*, *La condición y el tiempo*, *La posesión del miedo*, *Concierto del desorden*, *El extraño caso de Gaspar Ganijosa*, *La orgía de los cultos* o *Hablar desde el trapecio*.

«*Leopoldo Alas* – escribió para *Arquitrave* Luis Antonio de Villena- se sentía ante todo y principalmente poeta. En los primeros años ochenta un grupo de amigos procuramos apadrinar a Leopoldo, que no necesitaba padrinos, porque era un torrente de vitalidad y acción. No creo exagerar si afirmo que durante esos años fue una de las más claras y poliédricas promesas de nuestras letras. Era, además, todo libertad y esperanza de un mundo distinto. Pero sabía divertirse y ser feliz.

A partir de los primeros noventa (poco después de cumplir los 30 años) Leopoldo se fue lentamente desengañando del «mundillo de la literatura», porque veía trampas y cabildeos que no le gustaban. Quizás era todavía inocente, pues esa suciedad existe en todos los gremios. Pero lo cierto es que se fue auto marginando, frecuentando no a triunfadores sino sobre todo a fracasados. Los «perdedores» eran otra de sus causas dilectas.

Si un cierto desengaño le fue apartando algo del mundo de la literatura, haciendo que sus últimos libros tuvieran menos eco del merecido, tal apartamiento le llevó de hoz y coz al ámbito de la lucha por los derechos y la igualdad de geis y lesbianas, que ha sido (y muy bien peleada) la última y tenaz batalla de su vida. Es verdad que a la par seguía su producción novelesca y lírica, cierto, cada vez peor atendida por los medios, en parte porque a veces salía en editoriales de sesgo minoritario. Pero sin duda lo mejor, lo más importante de su obra (sobre todo poética, que habrá que revisar) está en esos últimos y muy buenos libros.

Desengañado, quizá más amargo, pero siempre dispuesto a divertirse y a luchar por la libertad genuina (que nunca dejó de sentir amenazada, por ejemplo por la Iglesia católica, tan antigeis) Leopoldo Alas fue un fácil y ameno articulista, un gran combatiente a favor de todas las minorías, y un ciudadano rebelde pero ejemplar en esa rebeldía.

Llevó en Radio-5 el primer programa radiofónico dedicado –para cualquier público- a los problemas y al mundo de geis y lesbianas. Pedro Almodóvar lo abrió y todos sus amigos y muchísima gente pasó por ese que se emitía modesta si no medrosamente en las madrugadas de los sábados.

Para los que le quisimos (con las naturales y ocasionales discrepancias de un carácter cariñoso e inseguro a ratos) es una pérdida terrible. Su irremediable ausencia vendrá, tenaz, enseguida.»

«Ningún epitafio puede condensar ninguna vida truncada, – escribió para El País Vicente Molina Foix-. En este recuerdo fúnebre me gustaría no ponerme solemne pero tampoco hacerme el ingenioso, pese a lo mucho que Polo [Leopoldo] celebraba las ocurrencias y los retruécanos. Me basta con reproducir un fragmento de uno de sus poemas mejores, Los andenes, el primero que yo leí de él: «Los trenes sólo pasan/ cuando no se los espera, y nos sorprenden: / hay que agarrarse a los trenes con las uñas/ cuando pasan por delante, / aunque te den la espalda, / hay que montarse en marcha/ porque los trenes no paran, / eres tú el que estás parado/ con la maleta cerrada». Más que premonición veo en estas palabras la lucidez asombrosa del joven de 18 años que las escribió y, sin perder nunca su aura gozosa, nos abandona ahora para siempre.»

Copio uno de sus poemas, donde celebra a Gastón Baquero, el gran poeta cubano que falleciera en Madrid, exiliado y solo, en una residencia de ancianos, donde Alas nunca le visitó.

U.C

Adiós Gastón

Mañana darán toda clase de explicaciones.
Se llenarán de viudas los suplementos.
Vanidosos exegetas dirán del fuero interno de su vida
y elogiarán con citas al gran poeta que murió olvidado.

No fui a velarle al tanatorio de la autopista.
Y en esta oscura noche, de regreso,
pensando que faltaste, por derrame,
al último homenaje que te hicieron,
comprendo que tu ausencia fue el poema.
Qué ironía final, Gastón Baquero,
que enviaste en los días que acababas
a un cubano de Cuba que es santero,
a un cubano de aquí que ha sido un espejismo
y a un tercero, poeta, que me encuentro, me saluda, me mira
y brota como en tromba la tristeza.
Tampoco fui a llorarte al crematorio
ni sé si incineraron tu sombrero.

¿Qué anotación al margen con tu caligrafía
de trazos ilegibles, y en qué montón de libros,
anunciaba tu muerte o tu epitafio?
Era verano, la calle vacía.
Andabas muy despacio y en aquel restaurante
te sentabas al fondo mirando hacia la entrada.

«Es lo primero que aprende un buen gánster.
Así nunca te matan por la espalda.»
La muerte innominada se bautiza
con tu nombre, Gastón, en La Almudena.
Y tú que nos decías que el exilio no existe
porque la cuna del hombre es la tierra.
No importa dónde estés, te encuentras en tu casa.
Exilio sería que vinieran habitantes
de otros astros y nos llevaran lejos.
Pero en la tierra no. Estemos donde estemos,
siempre tendremos,
a la misma distancia las estrellas.
En la tierra, decías, tú que eres
cenizas en el aire.
Gastón el exiliado
abandona la isla de la vida
y los libros. Llevaba por maleta
su espíritu, pequeño paraíso.
Nadie puso laureles en su frente.
Y en esta noche lenta, de triste velatorio
yo en mi ausencia le velo desde casa
y pido tamarindos consagrados.

Leopoldo Alas.



Esta muestra [titulada **9 x 9**] de la más reciente poesía de la nación argentina fue preparada por César Bisso y Graciela Ester Zanini para *Arquitrave* y se publica con la plena aceptación y conocimiento de los autores incluidos.

César Bisso (Santa Fe, 1952), pasó su infancia en Coronda pero vive en la Capital Federal desde 1984, donde se desempeña como sociólogo y profesor de la Universidad de Buenos Aires. Su poesía ha recibido distinciones como los Premios José Cibils y José Pedroni. Ha sido coordinador del Taller Literario del Rectorado de la Universidad Tecnológica Nacional y colabora en diarios y revistas. Sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, portugués e italiano. Algunos de sus libros son *La agonía del silencio* (1976); *El límite de los días* (1986); *El otro río* (1990); *A pesar de nosotros* (1991); *Contramuros* (1996); *Isla adentro* (1999) y *De lluvias y regresos* (2006). Raúl Gustavo Aguirre le incluyó en su *Antología de la poesía argentina* (1979).

Graciela Ester Zanini, (Buenos Aires, 1948), poeta, narradora y crítica literaria ha participado en la dirección y producción de programas culturales como *Letra viva* de la Radio Municipal y la revista *Fronteras*, coordina gabinetes y clínicas de poesía y ha recibido distinciones como el Premio Nacional de la Secretaría de Cultura de la Nación o el Internacional Letras de Oro. Entre sus libros figuran *Del rey desnudo*, de la Editorial Sudamericana en 1998 o *Lo que hay* (2005).

Argentinos, la inmortal estrella
a vosotros simbólica es Sol:
las naciones son grandes por ella;
lo sabía el abuelo español.
Dad a todas las almas abrigo,
sed nación de naciones hermana,
convidad a la fiesta del trigo,
al domingo del lino y la lana
thanks-giving, yon kipour, romería,
la confraternidad de destinos.
la confraternidad de oraciones,
la confraternidad de canciones,
bajo los colores argentinos.

Oubén Daño